





MAURICE LEBLANC

**ARSÈNE  
LUPIN**

CONTRA HERLOCK SHOLMES

MAURICE LEBLANC

# ARSÈNE LUPIN

CONTRA HERLOCK SHOLMES

Traducción de Zulema Couso



Duomo ediciones

*A Marcel L'Heureux como muestra de cariño.*  
*M. L.*

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *Arsène Lupin contre Herlock Sholmès*

Autor: Maurice Leblanc

© 2022, de la traducción, Zulema Couso

ISBN: 978-84-19004-16-1

Código IBIC: FA

Depósito legal: B 18.324-2021

© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: marzo de 2022

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

[www.duomoedizioni.com](http://www.duomoedizioni.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



A large, ornate decorative border with intricate scrollwork and floral motifs, framing the central text.

**PRIMERA  
PARTE**

**LA DAMA RUBIA**

## NÚMERO 514 / SERIE 23

**E**l 8 de diciembre del año pasado, el señor Gerbois, profesor de matemáticas en la escuela secundaria de Versalles, encontró un pequeño escritorio de caoba mientras rebuscaba por una tienda de baratijas que le gustó por sus múltiples cajones.

«Esto es justo lo que buscaba para el cumpleaños de Suzanne», pensó.

Y como siempre intentaba complacer a su hija en la medida de sus modestos recursos, negoció el precio y pagó la suma de sesenta y cinco francos.

Al darle su dirección al tendero, un joven elegantemente vestido que había estado echando un vistazo por la tienda, vio el mueble y preguntó:

—¿Cuánto cuesta?

—Está vendido —contestó el comerciante.

—A este señor, supongo.

Gerbois lo saludó y se marchó muy feliz, orgulloso por haber adquirido un mueble codiciado por un joven como

aquel. Pero no había dado ni diez pasos en la calle cuando el joven apareció a su lado, sombrero en mano, y le dijo en un tono perfectamente cortés:

—Le pido infinitas disculpas, señor. Voy a hacerle una pregunta un tanto indiscreta... ¿Buscaba ese escritorio en particular o alguna otra cosa?

—No. Estaba buscando una báscula de segunda mano para unos experimentos de física.

—Entonces, no le tiene demasiado aprecio, ¿me equivoco?

—Lo normal, diría yo.

—¿Porque es una antigüedad, tal vez?

—Porque es cómodo.

—En ese caso, ¿le interesaría cambiarlo por un escritorio igual de cómodo, pero en mejores condiciones?

—Este está en buenas condiciones y no veo que cambiarlo tenga ningún sentido.

—Pero...

Gerbois era un hombre fácilmente irritable, de carácter sombrío.

—Por favor, señor, no insista —le respondió con sequedad.

El desconocido se plantó delante de él.

—No sé qué precio ha pagado, pero le ofrezco el doble.

—No.

—¿El triple?

—No hace falta que siga —exclamó el profesor, impaciente—. Lo que me pertenece no está a la venta.

El joven lo miró fijamente con una expresión que el señor Gerbois no olvidaría así como así y, sin decir nada, dio media vuelta y se marchó.

Una hora después, entregaron el mueble en la casa que Gerbois ocupaba en el camino a Viroflay. Llamó a su hija.

—Mira lo que te he comprado, Suzanne. ¿Te gusta?

Suzanne era una criatura hermosa, expresiva y alegre. Se lanzó al cuello de su padre y lo abrazó con tanta alegría como si le hubiera hecho un regalo digno de la realeza.

Esa misma noche, después de haberlo colocado en su habitación con la ayuda de Hortense, la criada, limpió los cajones y guardó cuidadosamente sus papeles, correspondencia, colecciones de postales y algunos recuerdos que guardaba de su primo Philippe en secreto.

Al día siguiente, a las siete y media, Gerbois se marchó al instituto. A las diez, Suzanne lo esperaba en la salida como hacía siempre. A su padre le alegraba ver la elegante silueta y la sonrisa de su hija esperándole en la acera de enfrente.

Volvieron a casa juntos.

—¿Qué tal tu escritorio?

—Una maravilla. Hortense y yo hemos pulido las partes de bronce y ahora parecen de oro.

—Entonces, ¿estás contenta?

—Sí, mucho. Tanto que no sé cómo he podido vivir sin él hasta ahora.

Cruzaron el jardín frente a la casa.

—¿Podemos pasar a verlo antes del almuerzo? —propuso Gerbois.

—¡Claro! Qué buena idea.

Ella subió primero, pero al llegar al umbral de la habitación, lanzó un grito horrorizado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Gerbois.

Entró en la habitación detrás de ella. El escritorio había desaparecido.

Lo que sorprendió al juez de instrucción fue la admirable simplicidad de los medios empleados para el robo. Durante la ausencia de Suzanne y de la criada, que había salido a hacer la compra, según el relato de los vecinos que lo habían visto,

un policía con su placa se había detenido frente al jardín de la casa y había llamado dos veces. Los vecinos, que no sabían que la criada estaba fuera, no sospecharon nada, por lo que el individuo llevó a cabo su trabajo con absoluta tranquilidad.

Cabe destacar que no se rompió ningún armario ni ningún reloj sufrió ninguna alteración. Es más, el monedero que Suzanne había dejado sobre el mármol del escritorio descansaba sobre la mesa de al lado con su contenido intacto. No cabía duda de que el robo tenía un objetivo claramente determinado, por lo que resultaba todavía más inexplicable. ¿Por qué correr semejante riesgo por un botín tan insignificante?

La única pista que el profesor pudo aportar fue el incidente ocurrido el día anterior.

—El joven se mostró tremendamente molesto ante mi negativa y me dio la impresión de que sus palabras, al marcharse, eran una amenaza.

Pero aquello no arrojó demasiada luz sobre el asunto. Interrogaron al dueño de la tienda, pero no conocía a ninguno de los dos caballeros. En cuanto al escritorio, lo había comprado por cuarenta francos en Chevreuse tras un fallecimiento y creía que lo había vendido por un precio razonable. La investigación no dio ningún otro resultado.

Pero Gerbois seguía convencido de que había sufrido una gran pérdida. El joven debía saber que había una fortuna escondida en el doble fondo de un cajón y por eso lo había robado.

—Mi pobre padre, ¿qué habríamos hecho con esa fortuna? —comentó Suzanne.

—Hija mía, con tal fortuna, podrías haber encontrado un pretendiente de gran categoría.

Las aspiraciones de Suzanne se limitaban a su primo Philippe, un partido bastante desafortunado, así que la muchacha suspiró amargamente. En la pequeña casa de Versailles, la

vida continuó con menos alegría, ensombrecida por el pesar y la decepción.

Transcurrieron dos meses y, de repente, se produjeron una serie de acontecimientos imprevistos de lo más grave, una extraña sucesión de buena suerte y tremendos infortunios.

El 1 de febrero, a las cinco y media, Gerbois regresó a casa, periódico en mano; se sentó, se puso las gafas y comenzó a leer. No le interesaba la política, así que pasó las páginas. De pronto, un artículo llamó su atención. Se titulaba:

*Tercer sorteo de la lotería de las Asociaciones de Prensa.  
El ganador de un millón es el número 514, serie 23.*

El periódico se le resbaló entre los dedos y cayó al suelo. Las paredes temblaron y el corazón le dejó de latir. Número 514, serie 23. ¡Era su número!

Lo había comprado por casualidad, para complacer a uno de sus amigos porque él no creía en los favores del destino. Pero ¡he ahí que había ganado!

Rápidamente sacó su cuaderno. Número 514, serie 23. Exactamente, se acordaba bien. Ahí estaba escrito. Pero ¿dónde estaba el boleto?

Corrió a su estudio para buscar la caja de sobres en la que había guardado el valioso boleto, pero al entrar se detuvo bruscamente. Todo le dio vueltas una vez más y se le encogió el corazón, la caja de sobres no estaba allí y, presa del terror, se dio cuenta de que hacía semanas que no se encontraba en aquel lugar. Hacía tiempo que no la había visto delante de él mientras corregía los deberes de sus estudiantes.

Escuchó el ruido de pasos sobre la grava del jardín. Llamó: —¡Suzanne! ¡Suzanne!

Esta venía de dar un paseo y subió corriendo.

—Suzanne, la caja... ¿La caja de los sobres? —le suplicó con voz entrecortada.

—¿Cuál?

—La del Louvre, la que traje un jueves y había dejado al borde de esta mesa.

—¿No te acuerdas? Ordenamos todo esto juntos y la guardamos.

—¿Cuándo?

—Por la noche, ese mismo día.

—Pero ¿dónde? Respóndeme, me muero de la impaciencia.

—¿Dónde? En el escritorio.

—¿En el escritorio que nos robaron?

—Sí.

—¿En el escritorio que nos robaron!

Repitió esas palabras en voz baja, con cierto estupor. Entonces la cogió de la mano y le dijo en voz baja:

—Hija mía, contenía un millón...

—¿Padre! ¿Por qué no me lo dijiste? —susurró con ingenuidad.

—Un millón —repitió el padre—. Tenía el número ganador de la lotería de la Prensa.

La contundencia del desastre les aplastó el ánimo y durante mucho tiempo guardaron un silencio que no tenían el valor de romper.

Finalmente, Suzanne dijo:

—Pero, padre, te pagarán el premio de todos modos.

—¿Por qué? ¿Con qué pruebas?

—¿Necesitamos pruebas?

—¡Pues claro!

—¿Y no tienes ninguna?

—Sí, tengo una.

—¿Entonces?

—Estaba en la caja.

—¿En la caja que ha desaparecido?

—Sí. El ladrón cobrará el dinero.

—¿Pero eso sería horrible! Padre, ¿qué podemos hacer?

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer? Ese hombre seguro que es muy fuerte y tiene grandes recursos. Acuérdate del caso del mueble...

Se levantó en un arrebato de energía y dio un pisotón en el suelo.

—Pero no. No lo conseguirá. ¡No se hará con el millón! ¿Por qué iba a hacerse con él? Después de todo, por muy hábil que sea, no puede hacer nada. Si va a cobrarlo, lo atraparemos. Ya verá, ya verá el hombre ese.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea, padre?

—Defender nuestros derechos, hasta el final, pase lo que pase. Lo conseguiremos. El millón es mío y pienso recuperarlo.

Unos minutos más tarde, envió este telegrama:

*Gobernador del Crédit Foncier, rue Capucines, París. Poseo el número 514, serie 23. Me opongo con todo el peso de la ley a cualquier otra reclamación del premio que no sea por mí.*

*Gerbois*

Casi al mismo tiempo llegó este otro telegrama a la oficina del Crédit Foncier:

*Tengo en mi poder el número 514, serie 23.*

*Arsène Lupin*

Cada vez que me dispongo a contar alguna de las innumerables aventuras de la vida de Arsène Lupin, siento una gran

confusión, pues creo que hasta la más banal de sus aventuras es sobradamente conocida por cualquiera que me vaya a leer. De hecho, no existe gesto de nuestro «ladrón nacional», como graciosamente lo llamamos, que no haya recibido una exhaustiva cobertura, hazaña que no haya sido estudiada hasta el más mínimo detalle, ni acto que no haya sido comentado con esa abundancia de detalles que normalmente reservamos al relato de sucesos heroicos.

Quién no conoce, por ejemplo, la extraña historia de *La dama rubia*, de la que los periódicos informaron sobre sus curiosos episodios bajo el titular: *Número 514, serie 23*. El crimen de la avenida Henri-Martin. El diamante azul. El interés despertado por la intervención del famoso detective inglés Herlock Sholmes. Qué efervescencia después de cada una de las aventuras que marcaron el enfrentamiento de estos dos grandes artistas. Y qué conmoción en los bulevares el día que los chicos de los periódicos vociferaron: «¡Arsène Lupin ha sido detenido!».

Mi excusa para repetir todo esto es que aportó una novedad: la clave del acertijo. Voy a disipar las sombras que siempre rodean a estas aventuras. Reproduzco artículos leídos y releídos, copio entrevistas antiguas, pero lo organizo todo, lo clasifico y lo reduzco a la verdad exacta. Para ello me ha ayudado el mismísimo Arsène Lupin, cuya gentileza hacia mí es inagotable. Y también, en este caso, el inefable Wilson, amigo y confidente de Sholmes.

Todo el mundo recordará la enorme carcajada con la que se recibió la publicación de los dos telegramas. La sola mención del nombre de Arsène Lupin era garantía de lo inesperado, una promesa de entretenimiento para la galería. Y la galería no era otra que el mundo entero.

A partir de los registros llevados a cabo inmediatamente por el Crédit Foncier, se llegó a la conclusión de que el núme-

ro 514 de la serie 23 se había emitido a través del Crédit Lyonnais, en una sucursal de Versailles, al comandante de artillería Bessy. Sin embargo, el comandante había muerto tras caer de su caballo. Sus camaradas nos informaron de que, poco antes de su muerte, había cedido el boleto a un amigo.

—Ese amigo soy yo —comentó Gerbois.

—Demuéstrelo, por favor —le objetó el director del Crédit Foncier.

—Por supuesto que puedo demostrarlo. Varias personas pueden confirmar que era amigo íntimo del comandante, con quien me reunía a menudo en el café de la plaza de Armes. Allí fue donde un día, para complacerlo en un momento incómodo, le compré el boleto por veinte francos.

—¿Hay algún testigo de este intercambio?

—No.

—En ese caso, ¿en qué basa su reclamación?

—En la carta que me escribió al respecto.

—¿Qué carta?

—Una carta que iba pegada al boleto.

—Enséñenosla.

—¡Está en el escritorio robado!

—Debe encontrarla.

Fue Arsène Lupin quien dio noticias de la carta. Una breve nota apareció publicada en el *Écho de France*, que tenía el honor de ser su órgano de comunicación oficial y del cual aparentemente era uno de los principales accionistas. En la nota, se anunciaba que Lupin había puesto en manos de Detinan, su abogado y asesor legal, la carta que monsieur Bessy le había escrito a él personalmente.

Aquello provocó una explosión de risas. ¡Arsène Lupin tenía un abogado! Arsène Lupin, respetando las reglas establecidas, había nombrado para representarlo a un miembro del colegio de abogados.

La prensa al completo se dirigió rápidamente a ver al influente diputado Detinan, un hombre de una gran integridad y buen espíritu, un poco escéptico, felizmente contradictorio.

Detinan nunca había tenido el placer de conocer a Arsène Lupin, hecho que lamentaba profundamente, pero acababa de recibir sus instrucciones y, muy emocionado por el honor de haber sido elegido, pretendía defender firmemente los derechos de su cliente. Por lo tanto, abrió el dossier recién constituido, y, sin rodeos, mostró la carta del comandante. Demostraba sin lugar a dudas la cesión del boleto, pero no mencionaba el nombre del comprador. Simplemente decía: «Mi querido amigo».

«Mi querido amigo» soy yo, añadió Arsène Lupin en una nota adjunta a la carta del comandante. «Y la mejor prueba es que tengo la carta».

El enjambre de periodistas se abalanzó inmediatamente sobre Gerbois, que no paraba de repetir:

—«Mi querido amigo» soy yo. Arsène Lupin robó la carta del comandante con el billete de lotería.

—¡Que lo demuestre! —respondió Lupin a los periodistas.

—Así debe ser, ya que robó el escritorio —exclamó Gerbois frente a los mismos periodistas.

A lo que Lupin respondió:

—¡Que lo demuestre!

Así se desarrolló la encantadora fantasía que representaba el espectáculo del duelo público entre los dos dueños del número 514, serie 23, de las idas y venidas de los periodistas, de la sangre fría demostrada por Arsène Lupin frente a la aflicción del pobre Gerbois.

Los periódicos estaban plagados de las lamentaciones de ese hombre infeliz. Anunciaba su desgracia con una ingenuidad conmovedora.

—Entiéndanme, caballeros. Ese granuja me ha robado la dote de Suzanne. Personalmente, no me importa. Pero es por Suzanne. ¡Un millón! ¡Diez veces cien mil francos! Estaba seguro de que el escritorio contenía un tesoro.

Fue en vano comentar que su adversario no estaba al tanto de la presencia del billete de lotería al llevarse el mueble, y que además nadie podía predecir que aquel boleto fuera a ganar el premio.

—¡Sí que lo sabía! —se quejó—. De lo contrario, ¿por qué se habría molestado en llevarse este miserable mueble?

—Por alguna razón que desconocemos, pero ciertamente no para apoderarse de un trozo de papel que entonces no valía más que la modesta suma de veinte francos.

—¡Un millón! Lo sabía... ¡Lo sabe todo! No conocen a ese sinvergüenza. No les ha robado un millón de francos.

Aquel intercambio podría haber durado mucho tiempo, pero doce días después, Gerbois recibió una misiva de parte de Arsène Lupin marcada como «confidencial». La leyó cada vez más preocupado:

*Señor:*

*La galería se está divirtiendo a nuestra costa. ¿No crees que ha llegado el momento de ponernos serios? Por mi parte, estoy firmemente decidido.*

*La situación es la siguiente: está en mi poder un boleto sobre el que no tengo derecho y tú tienes derecho sobre un boleto que no está en tu poder. Así que no podemos hacer nada el uno sin el otro.*

*Tú no me vas a ceder tus derechos ni yo te voy a entregar el boleto.*

*¿Qué podemos hacer?*

*Solo veo una salida: dividir el botín. Medio millón para ti; medio millón para mí. ¿No te parece justo? ¿Acaso*

*este juicio salomónico no satisface la necesidad de justicia de ambos?*

*Es una solución justa e inmediata. No puedes permitirte el lujo de rebatir esta oferta, sino que las circunstancias te obligan a ceder. Te doy tres días para pensártelo. El viernes por la mañana, espero leer en los anuncios del Écho de France una nota discreta dirigida al señor Ars. Lup. en la que se exprese en términos velados la aceptación pura y simple de la oferta que propongo. Así, recuperarás inmediatamente el billete y podrás cobrar el millón, del que deberás enviarme quinientos mil francos de la manera que te explicaré más adelante.*

*En caso de no aceptar, he dispuesto lo necesario para que el resultado sea el mismo. Pero, además de los problemas muy serios que te causaría tal obstinación, te costará veinticinco mil francos en concepto de gastos suplementarios.*

*Por favor, acepta mis mayores respetos.*

*Arsène Lupin*

Exasperado, Gerbois cometió el gran fallo de mostrar esta carta y dejar que la copiaran. Su indignación lo llevaba a hacer tonterías.

—¡Nada! ¡No va a tener nada! —exclamó ante la congregación de periodistas—. ¿Compartir lo que me pertenece? Nunca. Que rompa el boleto si quiere.

—Sin embargo, quinientos mil francos es mejor que nada.

—No se trata de eso, sino de mis derechos. Es algo que pienso demostrar ante los tribunales.

—¿Atacar a Arsène Lupin? Eso tengo que verlo.

—No, al Crédit Foncier. Tienen que entregarme el millón.

—¿Sin presentar el boleto o al menos una prueba de que lo compró?

—La prueba existe, ya que Arsène Lupin ha confesado que robó el escritorio.

—¿Bastará la palabra de Arsène Lupin en los tribunales?

—No importa, lo intentaré.

La galería se agitó. Se hicieron apuestas, algunas afirmaban que Lupin reduciría a Gerbois y otras que cumpliría sus amenazas. Era inevitable sentir cierta aprensión, ya que las fuerzas eran tan desiguales entre los dos oponentes: uno tan descarado en su ataque, el otro machacado como una bestia perseguida.

El viernes, se abalanzaron sobre el *Écho de France* en busca de la quinta página que incluía los clasificados. No había ni una palabra dirigida a Ars. Lup. Gerbois respondía con su silencio a la propuesta de Arsène Lupin. Era una declaración de guerra.

Esa noche, los periódicos informaron sobre el secuestro de la señorita Gerbois.

Lo más divertido de lo que podríamos llamar los espectáculos de Arsène Lupin era el papel eminentemente cómico de la policía. Todo pasaba sin su conocimiento. Arsène hablaba, escribía, advertía, ordenaba, amenazaba, ejecutaba, como si no existiera ningún jefe de la Sûreté, ni agentes, ni comisarios, ni cualquiera que pudiera obstaculizar sus propósitos. No les otorgaba el menor valor. No contaban como obstáculo.

Y, sin embargo, la policía hacía todo lo posible. Cuando se trataba de Arsène Lupin, todo el mundo se alteraba, entraba en cólera, le hervía la sangre, desde el más alto cargo al más raso. Era el enemigo, un enemigo que se burlaba, los provocaba, los despreciaba o, peor aún, los ignoraba.

¿Qué hacer frente a un enemigo como él?

Según el testimonio de la criada, Suzanne había salido de casa a las diez menos veinte. A las diez y cinco, al abandonar

la escuela secundaria, su padre no la vio en la acera donde solía esperarlo. Así que todo había sucedido en el transcurso del corto paseo de veinte minutos que recorría Suzanne de casa a la escuela secundaria, o al menos a las inmediaciones.

Dos vecinos afirmaron haberse cruzado con ella a trescientos metros de la casa. Una señora había visto a una chica caminando por la avenida cuya descripción se correspondía con ella. ¿Y después? Después, no se sabía nada más.

La buscaron por todas partes, preguntaron en la estación y a los trabajadores. No habían notado nada aquel día que pudiera relacionarse con el secuestro de una joven. Sin embargo, en Ville-d'Avray, un tendero declaró que había ayudado a repostar a un coche cerrado que llegaba de París. En el asiento iba el conductor y dentro, una dama rubia, extremadamente rubia, afirmó el testigo. Una hora más tarde, el coche regresaba de Versalles. Ciertos problemas del vehículo lo obligaron a disminuir la velocidad, lo que permitió al tendero percatarse de la presencia de otra dama, envuelta en chales y velos, junto a la mujer rubia ya mencionada. Sin duda era Suzanne Gerbois.

Pero entonces había que suponer que el secuestro había tenido lugar a plena luz del día, en un camino concurrido, en el mismo centro de la ciudad.

¿Cómo? ¿En qué lugar? No se oyó ni un grito, no se observó ningún movimiento sospechoso.

El vendedor dio la descripción del coche, una limusina de veinticuatro caballos de la casa Peugeot, de carrocería azul oscuro. Por si acaso, se informó a la directora del Grand-Garage, la señora Bob-Walthour, que se especializaba en secuestros en coche. De hecho, el viernes por la mañana había alquilado para el día una limusina Peugeot a una señora rubia que no había vuelto a ver.

—¿Y el conductor?

—Era un hombre llamado Ernest, se le contrató el día anterior con unas referencias excelentes.

—¿Está aquí?

—No, devolvió el coche y no ha vuelto.

—¿Sería posible encontrarlo?

—Ciertamente, podemos preguntar a quienes lo recomendaron. Aquí están sus nombres.

Fueron a visitar a aquellas personas, pero nadie conocía a ningún Ernest.

Así ocurrió con todas las pistas que la policía seguía para esclarecer el misterio, solo daban lugar a otras dudas, a otros rompecabezas.

Gerbois no tenía fuerzas para mantener una batalla que comenzaba de manera tan desastrosa para él. Inconsolable desde la desaparición de su hija, lleno de remordimiento, se rindió.

Apareció un breve anuncio en el *Écho de France* que todo el mundo comentó. Declaraba su rendición incondicional.

Tras cuatro días de guerra, había llegado la victoria.

Dos días más tarde, Gerbois visitó el Crédit Foncier y le dio al gobernador el billete con el número 514 de la serie 23. El gobernador se sorprendió.

—¿Lo tiene? ¿Se lo ha devuelto?

—Lo había traspapelado, aquí está —contestó Gerbois.

—Pero había dicho que se lo habían robado.

—Todo eso no fueron más que rumores y habladurías.

—De todas formas, todavía necesitaremos algún documento que lo corrobore.

—¿Será suficiente con la carta del comandante?

—Sin duda.

—Aquí está.

—Perfecto. Debe dejarnos estos documentos. Necesitamos quince días para proceder a la verificación. Lo avisaré en

cuanto pueda venir a cobrar. Hasta entonces, creo que será mejor que no diga nada y llevemos este asunto con la más absoluta discreción.

—Esa es mi intención.

Ni Gerbois ni el gobernador pronunciaron otra palabra. Pero hay secretos que salen a la luz sin necesidad de que se cometa ninguna indiscreción, y todo el mundo supo que Arsène Lupin había tenido la audacia de enviar de vuelta el boleto con el número 514, serie 23, a Gerbois. La noticia fue recibida con sorpresa y admiración. Definitivamente, se trataba de un jugador atrevido que lanzaba sobre la mesa una carta de semejante importancia, ¡elpreciado boleto! Por supuesto, seguía en posición de superioridad, ya que le quedaba otra carta que restablecía el equilibrio. ¿Y si se escapaba la chica? ¿Y si conseguían rescatar a la rehén?

La policía era consciente del momento de debilidad del oponente y redobló sus esfuerzos. Arsène Lupin desarmado, debilitado por sus propios actos, atrapado en el engranaje de sus maquinaciones, sin ver ni un céntimo del codiciado millón. Ahora era el otro bando el que reía.

Pero había que encontrar a Suzanne y ni la encontraron ni se escapó.

Así que había que admitir que Arsène había ganado la primera ronda, pero la partida no había terminado todavía. Por desgracia, ahora llegaba la parte más difícil. Tenía retenida a la señorita Gerbois y solo la dejaría libre por quinientos mil francos. Pero ¿dónde y cómo se llevaría a cabo el intercambio? Para ello, era necesario organizar un punto de encuentro y luego, ¿qué impedía a Gerbois advertir a la policía y recuperar a su hija sin deshacerse del dinero?

Entrevistaron al profesor, que estaba muy deprimido y guardó silencio, reticente a pronunciar palabra alguna.

—No tengo nada que decir, estoy a la espera.

—¿Y la señorita Gerbois?

—La búsqueda continúa.

—Pero ¿le ha escrito Arsène Lupin?

—No.

—¿Lo confirma?

—No.

—Entonces es cierto. ¿Cuáles son sus instrucciones?

—No tengo nada que decir.

La atención se centró entonces en Detinan. Con el mismo resultado.

—El señor Lupin es mi cliente —contestó con un gesto serio—. Entenderán que estoy obligado a guardar el silencio más absoluto.

Tanto misterio irritaba a la galería. Obviamente, se habían llevado a cabo negociaciones en secreto. Arsène Lupin había dispuesto y apretado sus redes, mientras que la policía estableció una vigilancia día y noche para Gerbois. Todo el mundo comentaba hasta la saciedad los tres únicos resultados posibles: arresto, triunfo o el abandono ridículo y lamentable del plan.

Pero la curiosidad del público solo pudo satisfacerse a medias, y toda la verdad acabó revelándose por primera vez exclusivamente en estas páginas.

El martes 12 de marzo, Gerbois recibió una notificación del Crédit Foncier en un sobre ordinario.

El jueves, a la una, cogió el tren en dirección a París. A las dos en punto, se le entregaron mil billetes de mil francos.

Mientras los revisaba y contaba uno por uno, sumido en un estado de agitación (¿No era ese dinero el rescate de Suzanne?), dos hombres charlaban en un coche estacionado a cierta distancia de la puerta principal. Uno de estos hombres tenía el pelo cano y una figura enérgica que contrastaba con su ropa y su apariencia de empleado medio. Era el inspector

jefe Ganimard, el viejo Ganimard, el enemigo implacable de Lupin. Ganimard le dijo al sargento Folenfant:

—No falta mucho. En menos de cinco minutos, veremos a nuestro hombre de nuevo. ¿Está todo listo?

—Por supuesto.

—¿Cuántos somos?

—Ocho, incluyendo dos en bicicleta.

—Y yo que cuento por tres. Suficientes, pero no demasiados. Gerbois no se nos puede escapar bajo ningún concepto. Si eso pasa, se acabó; se encontrará con Lupin en el sitio que habrán acordado, recogerá a la chica por medio millón y habrá acabado todo.

—Pero ¿por qué no colabora con nosotros? Sería mucho más fácil. Y si contara con nosotros podría quedarse el millón entero.

—Sí, pero está asustado. Si intenta jugársela al otro, no verá a su hija.

—¿Qué otro?

—Él.

Ganimard pronunció esta palabra en un tono serio, algo temeroso, como si estuviera hablando de un ser sobrenatural cuyas garras ya había sentido cerrarse sobre él.

—Qué gracia —comentó el sargento Folenfant con sensatez—, nos hemos visto relegados a proteger a este caballero de sí mismo.

—Lupin siempre pone el mundo patas arriba. —Suspiró Ganimard.

Pasó un minuto.

—Atención —dijo.

Salió el señor Gerbois. Al final de la rue des Capucines, continuó avanzando por los bulevares del lado izquierdo. Caminaba con lentitud por delante de las tiendas, mirando los escaparates.

—Demasiado tranquilo —comentó Ganimard—. Alguien que va paseando con un millón en el bolsillo no muestra esa serenidad.

—¿Qué puede estar haciendo?

—Nada, por supuesto. Da igual, no me fio. Lupin es Lupin.

En ese momento, Gerbois se dirigió a un quiosco, cogió varios periódicos, se guardó el cambio, desplegó las hojas y, con los brazos bien extendidos, se puso a leer mientras caminaba a paso lento. De repente, se subió de un salto a un coche que estaba aparcado junto a la acera. Debía tener el motor en marcha porque se alejó rápidamente, giró por Madeleine y desapareció.

—¡Maldita sea! —exclamó Ganimard—. ¡Es uno de sus trucos!

Salió corriendo seguido de los otros hombres hacia Madeleine.

De pronto, se echó a reír. Al comienzo del bulevar de Malesherbes, el coche se había averiado y lo encontraron parado. Gerbois se había bajado.

—Rápido, Folenfant. Tal vez el chófer sea el tal Ernest.

Folenfant se encargó del conductor. Era un hombre llamado Gaston, empleado de la empresa de alquiler de carruajes. Diez minutos antes, un caballero le había parado y le había dicho «bajo presión» que esperara cerca del quiosco hasta que llegara otro caballero.

—Y el segundo cliente, ¿qué dirección le dio? —preguntó Folenfant.

—No me dio ninguna dirección. «Bulevar Malesherbes. Avenida de Messine. Doble propina», eso es todo.

Mientras tanto, Gerbois se había subido al primer coche que pasó por allí sin perder un minuto.

—Cochero, al metro Concorde.

El profesor se bajó en la plaza del Palacio Real, corrió hacia

otro coche y dijo que lo llevaran hasta la plaza de la Bourse. Después, segundo viaje en metro y luego a la avenida de Villiers en un tercer coche.

—Cochero, al 25 de la rue Clapeyron.

El número 25 de la rue Clapeyron está separado del boulevard Batignolles por la casa que hace esquina. Subió al primer piso y llamó. Un caballero abrió la puerta.

—¿Vive aquí Detinan?

—Soy yo. Gerbois, sin duda.

—Exacto.

—Le esperaba, señor. Pase, por favor.

Cuando Gerbois entró en el despacho del abogado, el péndulo marcó las tres. Inmediatamente dijo:

—He llegado a la hora en punto. ¿No está aquí?

—Todavía no.

Gerbois se sentó, se secó la frente, miró su reloj como si no supiera la hora, y preguntó ansiosamente:

—¿Va a venir?

El abogado respondió:

—Justo me ha preguntado por lo que más curiosidad tengo de saber en el mundo. Jamás había sentido tanta impaciencia. En cualquier caso, si viene, se arriesga mucho, esta casa lleva quince días muy vigilada. No se fíen de mí.

—Y de mí todavía menos. No estoy seguro de si los agentes que me seguían me han perdido la pista o no.

—Pero entonces...

—No sería culpa mía —exclamó el profesor—. No se me puede reprochar nada. Lo único que prometí fue que seguiría sus órdenes. Y eso he hecho. He obedecido ciegamente sus órdenes: recogí el dinero a la hora fijada por él y he venido hasta aquí siguiendo los pasos que me indicó. He cumplido escrupulosamente con mi parte, ya que el bienestar de mi hija depende de ello. El resto es cosa suya.

Y añadió, con la misma voz ansiosa:

—Traerá a mi hija, ¿verdad?

—Espero que sí.

—¿La ha visto?

—¿Yo? Claro que no. Simplemente, me pidió por carta que los recibiera a los dos, que despidiera al servicio antes de las tres, y que no dejara entrar a nadie en mi apartamento entre su llegada y su partida. De no estar de acuerdo con esta propuesta, me pidió que le advirtiera con un par de líneas en el *Écho de France*. Pero estoy encantado de hacerle un favor a Arsène Lupin, así que he accedido a todo.

Gerbois mostró su preocupación.

—¡Ay! ¿Cómo terminará todo esto?

Sacó los billetes de su bolsillo, los colocó sobre la mesa e hizo dos montones con la misma cantidad. Después, los dos hombres guardaron silencio. De vez en cuando, Gerbois se concentraba en escuchar. ¿Había llamado alguien?

Su ansiedad aumentaba a medida que pasaban los minutos y Detinan también mostraba un malestar casi doloroso.

Al final, el abogado perdió la sangre fría y se levantó bruscamente.

—No lo vamos a ver. ¿Qué podíamos esperar? ¿Sería una locura por su parte! Ha confiado en nosotros, somos personas honestas incapaces de traicionarlo. Pero el peligro no reside únicamente aquí.

Gerbois, destrozado, con las dos manos sobre los billetes, balbuceó:

—Dios mío, que venga, por favor. Que venga. Lo daría todo por recuperar a Suzanne.

La puerta se abrió.

—La mitad será suficiente, querido Gerbois.

En el umbral, había un joven elegantemente vestido. Gerbois reconoció de inmediato al individuo que se le había

acercado en la tienda de antigüedades en Versalles. Se abalanzó sobre él.

—¿Y Suzanne? ¿Dónde está mi hija?

Arsène Lupin cerró la puerta con cuidado. Mientras se quitaba los guantes con un gesto de lo más tranquilo, le dijo al abogado:

—Querido amigo, jamás podré agradecerte lo suficiente la buena disposición con la que has accedido a defender mis derechos. No lo olvidaré nunca.

—Pero no has llamado, no he oído la puerta... —murmuró Detinan.

—Los timbres y las puertas son cosas que deben funcionar sin que se las escuche. Aquí estoy, eso es lo más importante.

—¡Mi hija! ¡Suzanne! ¿Qué le ha hecho? —repitió el profesor.

—Madre mía, profesor, qué prisa tienes —comentó Lupin—. No te apures, tu hija estará entre tus brazos dentro de muy poco tiempo.

Se paseó de un lado a otro de la habitación y después adoptó el tono de un gran señor despachando alabanzas.

—Gerbois, te felicito por la habilidad con la que has actuado hasta ahora. Si el coche no hubiera sufrido esa avería tan absurda, nos habríamos encontrado en la Estrella y le habríamos ahorrado a Detinan la molestia de esta visita. Pero bueno, estaba escrito... —Entonces vio los dos montones de billetes y exclamó—: ¡Perfecto! El millón está aquí. No perdamos el tiempo, pues. ¿Puedo?

—Pero la señorita Gerbois aún no ha llegado —protestó Detinan, que se colocó delante de la mesa.

—¿Y?

—Pues que... ¿no es indispensable su presencia?

—Claro, claro. Ya lo entiendo. Arsène Lupin solo inspira confianza a medias. Se embolsa medio millón y no hay ni

rastros de la rehén. Mi querido abogado, me siento totalmente incomprendido. Debido a que el destino me ha empujado a llevar a cabo actos de naturaleza un tanto... especial, sospecháis de mi buena fe. ¡De mí! De mí, que soy todo escrupulosidad y delicadeza. Además, mi querido abogado, si tienes miedo, puedes abrir la ventana y pedir ayuda. Hay varios agentes en la calle.

—¿Eso cree?

Arsène Lupin abrió las cortinas.

—Creo que Gerbois ha sido incapaz de despistar a Ganimard. ¿Qué te decía? Ahí está mi viejo amigo.

—¿Cómo es posible? —exclamó el profesor—. Juro que...

—¿Que no me has traicionado? No lo dudo, pero tampoco hay que subestimar a esos hombres. Ahí veo a Folenfant y a Gréaume. ¡Y a Dieuzy! Mis buenos amigos, están todos.

Detinan lo miró con sorpresa. ¡Qué tranquilidad! Se rio con despreocupación, como si estuviera entreteniéndose con el juego y no hubiera ningún peligro que lo amenazara.

Aquella actitud tranquilizó al abogado incluso más que la presencia de los agentes. Se apartó de la mesa donde estaban los billetes.

Arsène Lupin cogió un montón de billetes y luego el otro, separó veinticinco billetes de cada uno y le tendió los cincuenta a Detinan.

—La parte de los honorarios de Gerbois y la de Arsène Lupin, mi querido abogado. Te lo has ganado.

—No me debe nada —contestó Detinan.

—¿Cómo? Con todas las molestias que te hemos causado.

—Pero he disfrutado mucho con todo esto.

—Es decir, mi querido abogado, que no quieres aceptar nada de Arsène Lupin. Esto es lo que pasa cuando se tiene una mala reputación. —Suspiró.

Le ofreció los cincuenta mil francos al profesor.

—Como recuerdo de nuestro feliz encuentro, déjame darte esto: este será mi regalo de boda para la señorita Gerbois.

Gerbois cogió los billetes bruscamente, pero protestó:

—Mi hija no se va a casar.

—No se casará si te niegas a dar tu consentimiento, pero lo está deseando.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé que las chicas a menudo sueñan sin el permiso de sus padres. Afortunadamente, hay genios buenos llamados Arsène Lupin que descubren los secretos de estas almas encantadoras, escondidos en la parte de atrás de sus escritorios.

—¿No ha encontrado nada más? —preguntó Detinan—. Admito que tengo mucha curiosidad por saber por qué le interesó tanto este mueble.

—Motivos históricos, mi querido abogado. Aunque, contrariamente a la opinión de Gerbois, no contenía más tesoros que el billete de lotería, hecho que yo ignoraba. Pero llevaba mucho tiempo buscándolo. Este escritorio está hecho de madera de tejo y de caoba, decorado con capiteles de hojas de acanto. Fue encontrado en la pequeña y discreta casa de Boulogne en la que vivía Marie Walewska. En uno de los cajones, lleva la inscripción: «Dedicado a Napoleón, emperador de los franceses, por su fiel sirviente, Mancion». Y, a continuación, estas palabras, grabadas con la punta de un cuchillo: «A ti, Marie». Después, Napoleón lo copió para la emperatriz Josefina, de modo que el escritorio admirado en Malmaison<sup>1</sup> no era más que una copia imperfecta del que ahora forma parte de mi colección.

El profesor se quejó:

—De haberlo sabido en la tienda, se lo habría cedido sin ningún problema.

1. Este escritorio se encuentra actualmente en el Garde-Meuble.

Arsène Lupin respondió, entre risas:

—Y además habrías tenido la ventaja apreciable de haberte quedado para ti solo el billete con el número 514, serie 23.

—Lo que habría evitado que organizara todo esto para secuestrar a mi hija.

—¿Todo esto?

—Este secuestro...

—Pero, mi querido caballero, se equivoca. La señorita Gerbois no ha sido secuestrada.

—¿Que mi hija no ha sido secuestrada!

—En absoluto. Un secuestro implica violencia. Sin embargo, vino conmigo como rehén por su propia voluntad.

—¿Por su propia voluntad! —repitió Gerbois, confundido.

—¿Y casi a petición suya además! Una joven inteligente como la señorita Gerbois que, además, alberga una pasión inevitable en su alma, jamás se habría negado a hacer todo lo posible por asegurar su dote. Te juro que resultó fácil hacerle entender que no había otra manera de superar tu terquedad.

Detinan se estaba divirtiendo mucho.

—Pero imagino que lo más difícil sería que se prestara a escucharlo —comentó—. No concibo que la señorita Gerbois se dejara abordar.

—No por mí, no. Ni siquiera tengo el honor de conocerla. Alguien de mi círculo inició amablemente las negociaciones.

—La dama rubia del automóvil, sin duda —interrumpió Detinan.

—Exacto. Desde el primer encuentro cerca de la escuela secundaria, todo quedó resuelto. Desde entonces, la señorita Gerbois y su nueva amiga han estado viajando y han visitado Bélgica y Holanda de la manera más agradable e informativa para una joven como ella. Lo demás te lo puede explicar en persona.

Llamaron a la puerta del vestíbulo con tres golpes rápidos, después con un golpe aislado, seguido de otro de la misma índole.

—Es ella —dijo Lupin—. Mi querido abogado, si no te importa...

El abogado se dirigió rápidamente a la puerta.

Entraron dos jóvenes; una se lanzó a los brazos de Gerbois y la otra se acercó a Lupin. La segunda muchacha era alta, de figura armoniosa y rostro muy pálido, con el cabello rubio de un tono brillante, separado en dos mitades onduladas y sueltas. Vestida de negro, sin otro adorno que un collar de azabache de cinco vueltas, mostraba una elegancia refinada.

Arsène Lupin le dedicó unas palabras, después se dirigió a la señorita Gerbois:

—Quiero pedirte perdón por todo lo que te he hecho pasar, pero espero que no hayas sido demasiado infeliz...

—¿Infeliz? Al contrario, he sido muy feliz, excepto por haber tenido que dejar a mi pobre padre.

—Bien está lo que bien acaba, pues. Dale otro abrazo y aprovecha esta excelente oportunidad para hablarle de tu primo.

—¿Mi primo? ¿Qué quiere decir? No lo entiendo.

—Claro que sí. Tu primo Philippe, ese joven cuyas cartas guardas con tanto celo.

Suzanne se ruborizó, perdió la compostura y, finalmente, se lanzó de nuevo a los brazos de su padre como le había sugerido Lupin.

Lupin los observó con una expresión amable.

—¿Qué recompensa es hacer el bien! Qué imagen tan conmovedora. Padre feliz, hija feliz. ¡Y poder decir que esta felicidad es obra del trabajo de Lupin! Bendecirán tus actos y tu nombre será transmitido de generación en generación. ¡Oh, la familia! La familia. —Se dirigió a la ventana—. ¿Sigue ahí

Ganimard? Seguro que le gustaría mucho ser testigo de estas encantadoras muestras de cariño. Pero no, ya no está. No hay nadie, ni él ni los demás. ¡Diablos! La situación es cada vez más grave. No me sorprendería nada que ya estuvieran en el portal, en la casa del conserje tal vez. ¡O incluso en las escaleras!

Gerbois hizo un movimiento repentino. Ahora que había recuperado a su hija, veía la situación desde una perspectiva diferente. El arresto de su oponente significaba medio millón para él. Instintivamente, dio un paso... Como por casualidad, Lupin se interpuso en su camino.

—¿Adónde vas, Gerbois? ¿A defenderme? ¿Qué amable! Pero no te molestes. Además, te juro que sentirán más vergüenza que yo.

Y continuó reflexionando en voz alta:

—Al fin y al cabo, ¿qué saben? Que estás aquí, tal vez en compañía de la señorita Gerbois, porque deben haberla visto llegar junto a una dama desconocida. Pero ¿yo? No lo saben. ¿Cómo iba a entrar en una casa que registraron esta mañana desde el sótano hasta el ático? No, con toda probabilidad están esperando para atraparme al vuelo. ¡Pobres míos! A menos que adivinen que he enviado yo a la mujer desconocida y que asuman que ella es la encargada de hacer el intercambio... En cuyo caso estarán preparados para detenerla cuando se marche.

Se oyó llamar al timbre.

Con un movimiento repentino, Lupin inmovilizó a Gerbois y le dijo con voz seca y convincente:

—Quieto ahí. Piensa en tu hija y sé razonable, de lo contrario... En cuanto a ti, Detinan, tengo tu palabra.

Gerbois se quedó clavado en su sitio. El abogado no se movió.

Sin prisa, Lupin cogió su sombrero. Tenía un poco de polvo y lo cepilló con la parte posterior de la manga.

—Mi querido abogado, si alguna vez me necesitas... Mis mejores deseos, señorita Suzanne. Y mi más cordial saludo a Philippe.

Sacó de su bolsillo un pesado reloj con doble caja de oro.

—Señor Gerbois, son las tres y cuarenta y dos minutos. A las tres y cuarenta y seis, te autorizo a salir de este salón, ni un minuto antes, ¿entendido?

—Pero van a entrar a la fuerza —dijo Detinan, sin poder evitarlo.

—Te olvidas de la ley, mi querido abogado. Ganimard nunca se atrevería a violar la casa de un ciudadano francés. Tendríamos tiempo incluso para una excelente partida de *bridge*. Pero perdonadme, parecéis un poco turbados los tres, y no me gustaría abusar...

Colocó el reloj sobre la mesa, abrió la puerta del salón y se dirigió a la mujer rubia:

—¿Estás lista, querida amiga?

Se apartó a un lado, le dedicó un último saludo muy respetuoso a la señorita Gerbois, salió y cerró la puerta a sus espaldas.

Le oyeron decir en voz alta en el vestíbulo:

—Buenos días, Ganimard, ¿qué tal estás? Dale recuerdos a la señora Ganimard. Un día de estos, iré a invitarla a almorzar. Adiós, Ganimard.

Volvieron a llamar al timbre de manera brusca y violenta, después se oyeron varios golpes y voces en el descansillo.

—Las tres y cuarenta y cinco —balbuceó Gerbois.

Unos segundos después, salió al vestíbulo con decisión. Lupin y la dama rubia ya no estaban allí.

—¡Padre, no lo hagas! ¡Espera! —exclamó Suzanne.

—¿Que espere? ¡Estás loca! Ese granuja no se merece ninguna consideración. ¿Y el medio millón?

Abrió la puerta.

Ganimard se apresuró a entrar.

—La mujer, ¿dónde está? ¿Y Lupin?

—Estaba aquí. Está aquí.

Ganimard lanzó un grito triunfal:

—¡Lo tenemos! La casa está rodeada.

—¿Y la escalera del servicio? —comentó Detinan.

—La escalera del servicio conduce al patio, y ahí solo hay una salida, la puerta grande, que está vigilada por diez hombres.

—Pero no ha entrado por la puerta grande, así que no se marchará por ese camino.

—¿Por dónde entonces? —respondió Ganimard—. ¿Se va a esfumar en el aire?

Apartó una cortina y vio un largo pasillo que conducía a la cocina. Ganimard lo siguió corriendo y comprobó que la puerta de la escalera del servicio estaba cerrada con doble vuelta.

Desde la ventana, llamó a uno de los agentes:

—¿Habéis visto a alguien?

—No, a nadie.

—Muy bien —exclamó—. Entonces están en el apartamento. Se habrán escondido en una de las habitaciones. Es materialmente imposible que hayan escapado. Ay, Lupin, me has engañado en otras ocasiones, pero esta vez tendré mi venganza.

A las siete de la tarde, Dudouis, jefe de la Sûreté, se presentó en la rue Clapeyron, ya que le parecía extraño no tener noticias. Interrogó a los agentes que vigilaban el edificio y después fue a casa de Detinan, quien lo llevó a su habitación. Allí vio a un hombre, o más bien dos piernas que no paraban de moverse sobre la alfombra, mientras que el torso al que pertenecían había desaparecido en la oscuridad de la chimenea.

—¡Hola! ¡Hola! —gritaba una voz asfixiada.

Una voz más lejana que venía de arriba le respondió:

—¡Hola! ¡Hola!

Dudouis exclamó entre risas:

—Ganimard, ¿qué estás haciendo ahí metido?

El detective salió de las entrañas de la chimenea. Tenía la cara ennegrecida, la ropa cubierta de hollín y los ojos le brillaban, febriles; estaba irreconocible.

—Lo estoy buscando —gimió.

—¿A quién?

—A Arsène Lupin. A Arsène Lupin y a su amiga.

—Ya veo. Pero ¿por qué crees que se esconden en el conducto de la chimenea?

Ganimard se levantó, colocó la mano ennegrecida sobre la manga de su superior y exclamó furiosamente:

—¿Dónde quieres que estén, jefe? Tienen que estar en alguna parte. Son personas como usted y como yo, de carne y hueso. No han podido esfumarse así como así.

—No, pero han desaparecido.

—¿Por dónde? La casa está rodeada. Hay agentes hasta en el tejado.

—¿Y la casa de al lado?

—No hay comunicación con ella.

—¿Los apartamentos en los otros pisos?

—Conozco a todos los inquilinos; no vieron a nadie y no oyeron a nadie.

—¿Estás seguro de que los conoces a todos?

—A todos. El conserje responde por ellos. Además, para mayor precaución, puse a un hombre en cada uno de los apartamentos.

—Entonces es imposible no ponerles las manos encima.

—Eso es lo que digo, jefe, eso es lo que digo. Así será, porque ambos están aquí. ¡Es imposible que hayan salido! Tran-

quilo, jefe, si no es esta noche, los atraparé mañana. Me quedaré aquí a dormir si hace falta.

Y así fue. Durmió allí esa noche, y al día siguiente también, y al día siguiente también. Y tras pasar tres días y tres noches completos, no solo no había descubierto el paradero del escurridizo Lupin y su compañera, sino que ni siquiera había encontrado la más mínima pista que le permitiera establecer la más mínima hipótesis.

Pero aun así, la opinión que se había formado desde el primer momento no cambió.

—Mientras no haya rastro de su huida, significa que siguen aquí.

Es posible que en el fondo no estuviera del todo convencido. Pero no quería admitirlo. No, no, y mil veces no, un hombre y una mujer no pueden desvanecerse como si fueran unos genios malvados salidos directamente de los cuentos infantiles. Así que continuó con sus búsquedas e investigaciones sin perder la esperanza por completo, como si confiara en encontrarlos escondidos en algún rincón impenetrable, camuflados entre las piedras de la casa.